

A N A L E S

de la

UNIVERSIDAD DE CHILE

AÑO XCIX

PRIMER TRIMESTRE DE 1941

N.º 41. 3.ª SERIE

HOMENAJE A RUBEN DARIO

Rubén Darío y la Universidad de Chile.

Augusto d'Halmar

Rubén Darío y los americanos en París.

Alberto Ghiraldo

En la tumba de Rubén Darío.

Julio Saavedra Molina

Rubén Darío y Sarah Bernhardt.

Eugenio Orrego Vicuña

El Alba de Oro.

Pedro Balmaceda Toro

Los «Abrojos» de Rubén Darío.

Rubén Darío

Antología Chilena. Selección, Estudio Preliminar y Notas de Eugenio Orrego Vicuña.

P R E N S A S

D E L A

UNIVERSIDAD DE CHILE

1 9 4 1

PROSA

VICUÑA MACKENA

I

Hace algunos años el joven monarca don Alfonso XII se dirigió a un escritor americano rogándole le remitiera sus obras a la rústica, pues debían ser encuadernadas del mismo modo que todos los libros de su real biblioteca.

El escritor americano que recibió tal muestra de admiración del rey de España se llamaba Benjamín Vicuña Mackenna, ese famoso que hoy es llorado por todo Chile, por toda América.

¿Qué fué Vicuña Mackenna?—Enmiendo: ¿qué no fué Vicuña Mackenna?

Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

Escribía en francés como un parisiense y peroraba en inglés como un norte americano.

Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas como los poemas y las oberturas. Su cabeza era una enciclopedia.

Viajó mucho; por donde pasaba recogía datos, adquiría conocimientos nuevos y acaparaba materiales para sus libros.

Como dice el poeta Cañas, (37) estos libros no caben en un catálogo.

Escritor más fecundo difícil es encontrarlo.

Escribió más que el Tostado. Tómese la frase el pie de la letra.

Estudió ciencias naturales en Cirencester, admiró los maravillosos cuadros del Louvre, comió en casa del químico Bossingault, fué tomado como prusiano en el sitio de París, arengó a 14,000 yankees, estudió los archivos del Escorial, y fué, sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América Latina.

Escribía un libro en menos tiempo que se puede emplear en leerlo. ¿No es esto milagro?

Un día estaba agonizando en Santiago el Almirante Blanco Encalada, Vicuña Mackenna discurría por las calles en busca de novedades. Pasó por la casa del Almirante y vió extraña agitación en ella; entró, inquirió y supo esta noticia: el Almirante ha muerto. Eran las seis de la tarde. Se dirigió a la redacción del *Ferrocarril* y allí se encerró. Al día siguiente, a las seis de la mañana, circulaba el *Ferrocarril*, gran diario, impreso en lecturita, sin avisos y con una necrología de Blanco Encalada que llenaba las cuatro planchas.

Al fin de la última plana se leía la firma de Benjamín Vicuña Mackenna.

II

Su famoso libro sobre la guerra franco-prusiana es una maravilla

El escritor se hallaba por aquel entonces en París: pero ¿de qué manera logró hacerse de la muchedumbre de datos que son de admirar en la preciosa obra?

Allí se conoce a Francia y a Alemania; se ven cruzar por la vista panorámica que nos presenta el narrador los regimientos franceses con sus vistosos uniformes y las tropas prusianas, severas, movidas como por máquinas y con el guerrero casco que cubre la cabeza de los soldados del imperio de hierro.

Conocemos al emperador Napoleón y al emperador Wilhelm, que se pone a la escucha de las tentadoras maquinaciones del demonio de Bismarck. Sabemos cómo se organizan los ejércitos, cómo se visten, cómo ganan su pré, cómo van a la campaña y cómo mueren en la pelea. ¿Más?

Vicuña Mackenna, a manera de taquígrafo historiador, nos refiere las frases textuales del buen viejo Guillermo, cuando, estando en su tienda de campaña, a la sazón bebiendo cer-

veza en un casco de botella y en la mano sabroso tasajo, vió salir de su departamento a ese otro viejo malicioso y gigante, el primer militar del mundo hoy en día, von Moltke, quien señalando la pizarra en que trazaba sus planes y resolvía sus problemas, gritaba casi hecho un loco: «¡Le he vencido! ¡le he vencido!» A quien había vencido el germano, era al mariscal del imperio francés, señor de Mac-Mahon, que iba a caer en el lazo que la astucia prusiana le tendía.

III

Escribir acerca de minas, allá para el que conozca los secretos de esas inmensas grutas del trabajo, maravillosas fuentes de riquezas que producen los codiciados metales.

Pues Vicuña Mackenna escribió *El libro de la plata*. *El libro de la plata* es una recopilación de notas y de variados conocimientos de minería que dudamos haya habido quien pudiera publicar producción de igual mérito.

California, Potosí, el cerro de Pasco, todos esos históricos depósitos de ricas vetas son conocidos por el minero literato como la Iliada, los Anales y el Romancero.

De agricultura... ¿Conocéis sus libros titulados *La agricultura en Europa* y *La exposición de agricultura en Chile*?

IV

¡Oh cerebro prodigioso donde las ideas no hacían distinción de conocimientos para prodigarse siempre fecundas, siempre amenas y regeneradoras!

Así narraba con exquisito gusto y sabroso estilo sus viajes y aventuras el grande hombre, como trataba arduos problemas sociales de alta trascendencia política.

Los diarios ingleses se disputaban sus artículos sobre economía, las revistas de todos lugares sus profundos estudios científicos y literarios, y los periódicos de Chile (de los cuales redactó tres a un mismo tiempo en más de una ocasión, publicando además un libro semanal), los periódicos de Chile, díganlo el *Mercurio* y el *Ferrocarril*, y la multitud de diarios que se imprimen en la noble patria de O'Higgins y de Bilbao.

V

En 1855, estando en Milán el personaje que nos ocupa, el rico librero Branca le presentó a César Cantú, quien más tarde fué su admirador apasionado. Antes, en 1853, después de haber asistido al entierro del astrónomo Arago, oyó las conferencias de Saint Marc Girardin (hermano de Emilio), quien por ese tiempo enseñaba sus doctrinas en el mismo lugar en que siglos antes meditara en las suyas Abelardo. En 1872 trató a médicos famosos: James, Cretin, Martin Lozère, el médico de Luxeil en los Vosgos, y entre todos a Lippert, quien, sea dicho entre párrafo y párrafo, manifestó a Vicuña Mackenna esta extraña opinión: Mi paisano Bismarck (Lipper era alemán), es el político más grande del mundo únicamente, señor mío, porque tiene en la cabeza gran porción de fósforo, y el fósforo es la dicha o la desgracia, la grandeza o la pequeñez del hombre. He dicho.

Y a fé que quizá no andaba muy errado el facultativo interlocutor del gran chileno.

Conoció éste en París a Valentina de Lamartine, sobrina del poeta. La conoció pobre, muy pobre, y la vió derramar lágrimas al enseñarle el lecho de muerte del autor de *Graziella* única cosa que no se llevaron los acreedores. . .

Fué a España y husmeó los más ocultos recintos de bibliotecas y archivos; bebió vino en Málaga y oyó misa en Madrid; habló con Hartzembusch y con Gallangos, y sintió latir su corazón de americano cuando el erudito bibliotecario de la real de Madrid, don Cayetano Rossell, le dijo estas palabras: «Cuando yo leo a Bello, me chupo los dedos».

En fin, estuvo en Roma, y se le rodaron las lágrimas cuando Su Santidad el Papa Pío IX, le bendijo a su tierna hija bajo la techumbre del gigantesco Vaticano, y rodeado de cardenales vestidos de púrpura.

Y de todos esos viajes fueron efecto las innumerables narraciones que publicó en libros y periódicos.

Su fama se acrecentaba cada día más. Las academias de todos lugares le honraban con diplomas y homenajes, y su nombre es el más conocido de todos los americanos.

VI

¡Y ha muerto Vicuña Mackenna! ¡Y todo Chile siente la desaparición de tan grande hombre! Sabio, derramó a torrentes sus principios, y la generación que se levanta aprendió de sus labios preceptos y enseñanzas.

Patriota, sirvió a la noble nación en donde tuviera cuna como el mejor de sus hijos.

Escritor, deja para deleite y utilidad tanto y tanto libro como produjo. Justo es, pues, que su patria llore su muerte; que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro; es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante! . . . (38)

Managua, Febrero de 1886.

(«*Imparcial*», Managua, Febrero de 1886.

«*El Mercurio*», Valparaíso, Abril 7 de 1886).